



MIGUEL SALES

'Cecilia' y 'Conducta impropia'

MADRID — El público español ha tenido este verano ocasión de ver dos muestras de cinematografía cubana. La primera es *Cecilia*, coproducción hispano-cubana dirigida por Humberto Solás, que se estrenó en los cines de la capital durante el mes de agosto. La otra es *Conducta impropia*, filme-testimonio de Néstor Almendros y Orlando Jiménez-Leal que logró el primer premio en el festival de los Derechos del Hombre de Estrasburgo, celebrado este año, y que se exhibió recientemente en Barcelona.

El contraste entre ambas películas inspira a reflexión. La primera es producto de un régimen que desde sus inicios impuso un cine político-propagandístico que fuera instrumento de su lucha ideológica anticapitalista y antinorteamericana; un cine que debía desprestigiar el comercialismo hollywoodense y exaltar la lucha de clases y el internacionalismo proletario. La segunda obra es el resultado de los esfuerzos de dos cineastas independientes, dos artistas cubanos que se vieron obligados a escapar de la isla cuando la atmósfera estalinista del castrato se les hizo irrespirable y que, venciendo dificultades a veces increíbles, han seguido haciendo cine de calidad.

Lo mejor de este contrapunto veraniego es que *Cecilia* viene a ser prueba viviente de cómo el cine castrista está abandonando sus parámetros iniciales para refugiarse en el seudo-historicismo y para hacer uso de los recursos más comerciales que imaginarse pueda, mientras que *Conducta impropia* pone de relieve, de manera sobria y dramática, la evolución del cine del exilio cubano, que si en sus comienzos perpetró algunas películas nostálgicas

de corte lamentablemente comercial, ahora se está transformando en un medio expresivo cada vez más militante y comprometido, al tiempo que va ganando en calidad artística. *El Super*, *Guaguasi* y la propia *Conducta impropia* son ejemplos notables de esta tendencia.

Esa transformación de signo opuesto guarda estrecha relación con las condiciones en que viven y crean las dos mitades de la nación cubana. Los realizadores cinematográficos de la isla —como los novelistas, como los dramaturgos— carecen de libertad para tratar con un mínimo de decoro la realidad actual y prefieren refugiarse en la historia. En tal sentido, los autores del siglo XIX son terreno seguro: critican a la burguesía y el poder del dinero (Balzac), revelan las tormentas pasionales que sacuden a ciertas almas (Stendhal), adolecen de romántica simpatía por el pueblo (Hugo), se sienten horrorizados por la miseria urbana (Dickens), rechazan la intolerancia religiosa (Galdós) y, cuando hablan de cárceles, no mencionan los campos de reeducación sino que describen generalmente un castillo medieval de donde el héroe se fuga espectacularmente para castigar la soberbia y alevosía de los poderosos. Otros, como Dostoievsky, resultan menos confiables, pero de ellos se encarga el censor.

En esta galería de genios utilizables, Cirilo Villaverde ocupa lugar secundario, pero nada despreciable. Su *Cecilia Valdés* tiene la ventaja de estar escrita en cubano y de atacar la esclavitud, tema con el que todos los seres humanos podemos sentirnos justamente identificados y ante el cual, en Occidente al menos, experimentamos una

especie de culpabilidad vicaria —remember *Rotz*—.

Pero al parecer estas credenciales no bastaban para garantizar la correcta "orientación revolucionaria" del filme, por lo que Solás realizó una "versión libre" de la obra, usando el nombre de Villaverde como gancho publicitario para el espectador culto. El resultado, sin embargo, no podría ser más lamentable, lo mismo para quien haya leído la novela como para quien ni siquiera la conozca. Esa Cecilia filantrópica y lacrimógena, ese José Dolores Pimienta vuelto héroe revolucionario a la *Dumas*, esa Isabel Ilincheta que parece una prostituta recién jubilada y, sobre todo, ese Leonardo Gamboa, desgarrado por la angustia existencial y el horror a la esclavitud, son para partirse de risa. Y algo de eso hicieron las dos docenas de espectadores que había en el teatro la tarde del estreno. Especialmente en la escena donde Cecilia y Leonardo comienzan a hacer el amor y la cámara se desplaza pudorosa a una mesa llena de flores, y enfoca primero un enorme plátano y luego una jugosa papaya (de esas que en La Habana, por un mal entendido puritanismo entre bélico y botánico, llaman *fruta bomba*), y pasa luego a mostrar a los amantes debutantes metidos en una bañera; él con un trozo de melón en la boca; ella con un collar hawaiano. Aquello resultaba tan grotesco que la gente no podía contener las carcajadas.

Conducta impropia no podría haber encontrado elemento de contraste más favorable. Porque en la rigurosa producción de Almendros y Jiménez-Leal no se trata de refugiarse en un pasado mítico, en el

cual la realidad era más simple y menos comprometedor, sino de arrojar al espectador una imágenes brutales, que muestran la historia deshaciéndose y que revelan, al mismo tiempo, el rostro inhumano del socialismo real que Castro y sus secuaces se esfuerzan en ocultar. No hay escape ni concesiones en estas tomas donde las víctimas nos dicen a quemacámara la tortura y la humillación.

La más importante de las limitaciones que presenta *Conducta impropia* es inherente a su condición de filme de exilio. Sus autores no pudieron ir a Cuba a filmar la "capilla negra" del Castillo del Morro, donde los presos homosexuales recibían palizas diarias, ni las celdas tapiadas del Combinado del Este, donde muchos de ellos se han suicidado en los últimos años.

Quizá los prejuicios machistas tan arraigados en nuestra cultura lleven a algún espectador a creer que la persecución de los homosexuales —tema central de la película— es un fenómeno aislado en la Cuba de hoy, y que la represión que el castrato ejerce contra ellos es asunto que no afecta mayormente al resto de la población. Pero se equivoca quien así lo piense.

La violencia del estado totalitario contra todo el que demuestra una "conducta impropia" (sea homosexual, hippie, poeta, disidente político o religioso activo) no conoce límites. Ni siquiera la propia Cecilia Valdés (la verdadera, no la albarada y propagandística muñeca de Solás) se habría salvado hoy día de la granja de reeducación en Cuba socialista. (FIRMAS)